

Además de las lecturas científicas é históricas le gustaban á Napoleón las tragedias, y especialmente *Cinna*, de Corneille, *Andrómaca* y *Fedro*, de Racine; y de entre los prosistas, Montesquieu, en *El espíritu de las leyes*, y Bernardino de Saint-Pierre, en *Pablo y Virginia*. A este ilustre escritor le manifestó su reconocimiento concediéndole una pensión anual de 2.400 francos.

Con toda esta balumba de miscelánicas lecturas, no pudo, sin embargo, escribir correctamente el francés ni perder su acento corso, que se le notó siempre en los discursos pronunciados en público y en sus conversaciones particulares; pero le formaron la mentalidad, concretando sus ideas, algo desperdigadas por demasiado enciclopédicas. Su autor favorito fué el abate Raynal, de cuyos escritos le gustaban las tendencias políticas. Iba de cuando en cuando á verle, deseoso de conversar con él, pues Raynal tenía mucho placer en hablarle de Córcega, cuya historia encontraba repleta de gloriosas y originales enseñanzas, dando con ello al joven Bonaparte un verdadero curso de política que fortificó su amor á la libertad y su odio á la esclavitud. Según Raynal, la insurrección era un deber sagrado en determinadas circunstancias, y por haberse levantado los corsos contra el ominoso yugo de los genoveses, habían cubierto de gloria su nombre y merecido las simpatías del mundo entero. El abate le representó á Napoleón el ejemplo de aquel viejecito lisiado, pobre y desconocido hasta entonces, que con elocuentes voces concitó á sus compatriotas contra Génova, determinando aquella formidable insurrección de 1729, que legó á la historia los nombres de Giafferi, Ceccaldi, Jacinto Paoli (padre del heroico Pascual) y Teodoro de Neuhoff, el efímero rey cuyo extraño porte ganó la espontánea confianza de los corsos.

Cardona, que así se llamaba el pobre viejo, iniciador de la sublevación, gritó á sus compatriotas, diciendo: «A los ojos de Dios el mayor y primer crimen es tiranizar á los hombres y el segundo sufrir la tiranía.» Estas palabras entusiasmaron á Raynal, que comunicaba á Napoleón su entusiasmo. Así se comprende que, alimentado con semejantes enseñanzas, recibidas de un maestro de talento, de corazón y de palabra declamatoria, se resolviera Napoleón al partido de la revolución incipiente, siendo el único oficial de su regimiento que asintió á las nuevas ideas. Los demás prefirieron emigrar.

En materias religiosas, Napoleón, como todos sus compatriotas, y con mayor motivo por contar con dos sacerdotes en la familia, había sido en Brienne muy piadoso y devoto en el cumplimiento de las prácticas del culto, llegando al punto de afear á los compañeros que descuidaban sus deberes religiosos. Pero salió de Brienne con la fe algo desquiciada, pues había echado de ver la escasa ejemplaridad de los frailes mínimos del colegio y la relajación allí dominante en las costumbres íntimas. Más tarde, las lecturas de Rousseau y del abate Raynal mellaron hondamente su espíritu, provocando viva prevención contra los frailes, cuyos conventos decía que estaban llenos de canalla. Dijose que se había afiliado á la masonería, y si bien nada se sabe de cierto, induce á creerlo el que los masones salieran á recibirle en muchas ciudades y le trataran con miramientos de hermano. Sin embargo, parece más verisímil que Napoleón considerara la masonería, y asimismo la religión, como organizaciones que podían consolidar su dominio. Las lecturas de Rousseau y Raynal le habían conducido á no conceder racionalmente importancia alguna ni á una ni á otra de dichas organizaciones, pero tenía suficiente sentido político para comprender que tanto la religión como la masonería eran medios dominativos de muchísima utilidad.

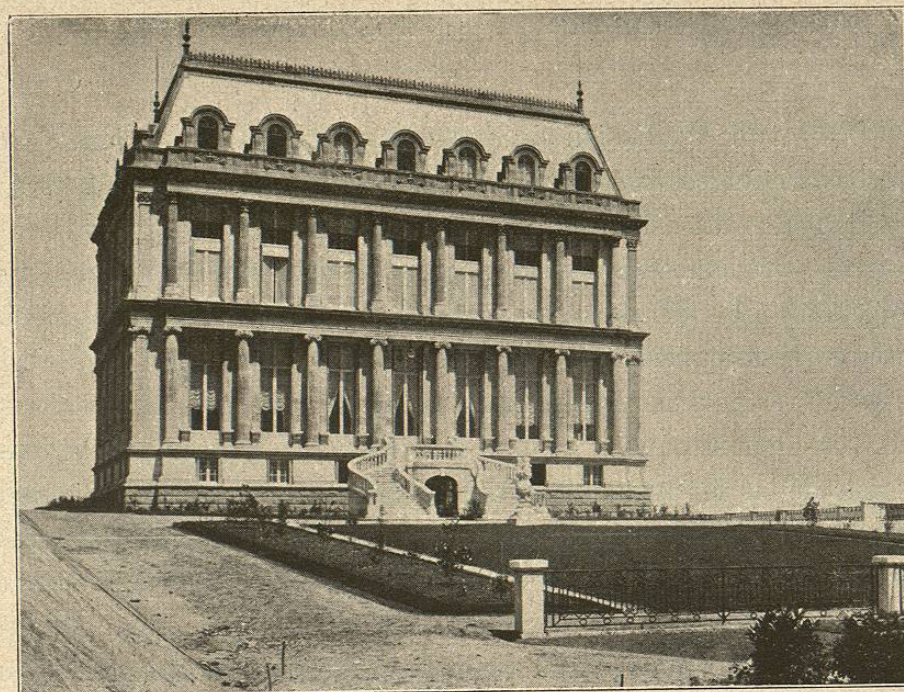
El amor patrio le sugirió la idea de publicar un libro titulado: *Cartas sobre Córcega*, en las que se proponía llamar hacia la isla la atención de los franceses. En este libro empleó el enfático y grandilocuente estilo propio de la época, que, por otra parte, era el personalmente peculiar de Raynal. Napoleón empieza como sigue su primera carta, dirigida al general Pascual Paoli: «General: yo nací cuando moría la patria. Treinta mil franceses arribaron á nuestras costas para anegar en olas de sangre el trono de la libertad. Mi primera mirada vió en espectáculo el grito de los moribundos y el gemido de los oprimidos. Lágrimas de desesperación circundaron mi cuna. Os marchasteis de la isla y con vos se alejó toda esperanza de remedio. Esclavitud tuvo por premio nuestra sumisión.»

Acaso sorprenda el sentimiento cercano al odio que Napoleón delata respecto á Francia en este párrafo, pues lo escribió cuando ya era oficial de artillería, de guarnición en Valence, al servicio del país en que por otra parte había seguido la carrera. Esto demuestra cuán

vivaz alentaba en su pecho el amor á Córcega y hasta qué punto le habían emocionado las belicosas contiendas de su país. En las demás cartas refiere Napoleón infinidad de episodios á propósito para enaltecer el prestigio de las revoluciones corsas y el de los partidarios de la independencia de la isla.

Las socarronerías de sus compañeros exacerbaban, como es natural, su patriotismo. Un día en que hablaba de algo ocurrido en Córcega, según carta recibida de su familia, aprovechó la coyuntura para encomiar con tanto entusiasmo el valor guerrero de sus paisanos y su amor á la libertad, que un compañero le preguntó si por cariño al país natal consentiría en crimen tan horrendo como desnudar la espada contra el rey. Napoleón se marchó sin responder. ¡Era demasiado embarazosa la respuesta!

Por el mismo tiempo pensaba escribir una historia de Córcega, alentado en su proyecto por Raynal; pero Paoli, que era la misma prudencia, no quiso proporcionar á Napoleón los importantísimos documentos que conservaba, porque no tenía bastante confianza en los talentos literarios de su ardiente panegirista. Napoleón no publicó la historia de Córcega, sino tan sólo algunas cartas acerca de la isla, cuyos asuntos tomó del antiguo historiador corso Filippini, pero sin dejar de tener mérito la forma literaria, ya que el estilo es vivo, nervioso, arrebatado, con el énfasis propio de la época por único defecto, del que no se libraron los mejores escritores. En esta obra se nota principalmente el anhelo de Napoleón por imitar y aun sobrepujar á Paoli, en cuyo espejo se miraba. Le parecía que, en cuanto á talentos militares y administrativos, el general corso igualaba á los héroes merecedores de su admiración, además del gran mérito de ser su compatriota y, por lo tanto, más digno de seguir su conducta.



Palacio Pozzo di Borgo, en las cercanías de Ajaccio. Fué construído de 1886 á 1894, con piedras de las Tullerías de París, en la cumbre de una montaña desde la cual se divisa un grandioso panorama.

## CAPÍTULO VII

### LA REVOLUCIÓN EN CÓRCEGA

A fines de Septiembre de 1789 regresó Napoleón á la isla, encontrando á toda su familia reunida en el hogar solariego, excepto Mariana, que continuaba en Saint-Cyr. José, á quien ya vimos volver de Pisa con el título de abogado, había tenido ocasión de defender y ganar un pleito. Luciano estaba en expectativa de porvenir y tenía aficiones militares, pero sin probabilidades de cumplirlas, porque no llegaba la beca solicitada para él. Igual era la situación de Luis, á quien por último se le negó la beca. Sin embargo, poco tiempo tuvo Napoleón para dedicar á los asuntos de su casa, no obstante su propensión á disponer en todo y dar órdenes que la familia acataba. La revolución había estallado, repercutiendo en Córcega. Napoleón reflexionaba sobre las consecuencias locales y celaba los acontecimientos, preguntándose qué influencia ejercerían en su carrera y porvenir.